FREGA MEETS SUNDAR



FERDINANDO FREGA

FREGA CONOCE A SUNDAR

De Reggio Calabria a Chennai, tras las huellas de Sundar Pichai.

La primera vez que oí ese nombre, me pregunté en serio quién carajo era. Todo el mundo hablaba de él. Casi había ocupado el lugar del Nazareno — solo que no tenía 2.000 años. Tenía apenas 54 y venía de esa tierra magnífica llamada INDIA.

El único lugar del mundo donde se respira aire inglés pero se vive con la cultura y la elegancia asiáticas, dentro de una mezcla de 22 idiomas, donde viven de forma permanente casi 1.500 millones de personas.

Pero volvamos a nuestra historia: ese nombre estaba ligado a una empresa llamada ALPHABET. Tampoco sabía quiénes eran. Pensé que era una especie de consorcio creado para los analfabetos del mundo, los que nunca habían tenido la suerte de aprender a leer y escribir. Después me di cuenta de que no estaba del todo equivocado, porque era exactamente de eso de lo que se ocupaba — solo que los textos, la lectura y la literatura vivían dentro de la web, que usaba dos códigos: el decimal humano y el binario algorítmico.

Tenía curiosidad por entender al hombre, así que, como Kipling, tomé un tren y viajé de Reggio Calabria a Bombay, que hoy llaman Mumbai.

Mi destino estaba claro. Me esperaban en CHENNAI, en el estado de TAMIL NADU, en el sur de la India, donde me alojarían unos

hermanos de logia. Todos sabían — desde la Gran Logia de Inglaterra para abajo — que el hermano Frega vivía con 70 dólares estadounidenses al mes y no tenía la costumbre de pedirle nada a nadie.

Allí estaba, por fin había llegado. Me estaban esperando y me llevaron a su casa, pero me negué e intenté alquilar una habitación. Una estancia de tres días estaba dentro de mis posibilidades económicas y entraba en mi presupuesto.

Solo tenía unas pocas horas para acostumbrarme al territorio cuando llegó REGUNATHA a recogerme. ¿Adónde íbamos?

EL INSTITUTO INDIO DE TECNOLOGÍA DE MADRÁS.

En cuanto llegamos, apenas cruzada la primera entrada de la universidad, vi un cartel que me golpeó como un rayo. Su lema, en sánscrito, se traducía así:

EL ÉXITO VIENE DE LA ACCIÓN.

Nos recibieron dos profesores, hermanos masones, y enseguida empecé a preguntarles por SUNDAR. Estaba convencido de que había estudiado en Madrás cuando ellos todavía eran asistentes.

Los profesores admitieron que sabían quién era, aunque en realidad había estudiado en KHARAGPUR. Pero aquí, dijeron, todos lo consideramos uno de los nuestros.

Antes que nada, me explicaron dónde estábamos. Aquello no era un campus universitario cualquiera de Boston. Estábamos dentro de algo increíble: el IIT Madras disponía además de capacidad de supercomputación gracias al IBM Virgo Super Cluster, que ofrecía 97 TERAFLOPS de potencia de cálculo.

Qué demonios significaba eso, no tenía ni idea. No entiendo ni una maldita cosa de computadoras, pero asentí porque, por su tono, comprendí que la afirmación era importante. Y eso ya me bastaba para estar allí.

Después de las formalidades, salimos de allí, y REGUNATHA me dijo que tenía una sorpresa para mí. Le dije: «Esperemos que no sean mujeres. Tengo 61 años y ya no soy un jovencito. Hoy en día las mujeres son mi forma de conversación favorita, porque tomo de su inventiva y de su inteligencia y me alimento de ambas».

Me dijo que íbamos a ver a una mujer. «Pero tranquilo, Nando, no hay sexo de por medio. Parece conocer muy bien a la persona que estás investigando, y verás que no te decepcionará».

«¡Y además, sabes que antes de ser masones somos hombres libres y de buenas costumbres!»

«Sí, pero quedémonos vestidos, por favor». Hahahahahah.

Entramos por el portón de su casa. Nos recibió una joven. Tendría unos 25 años, pero no pensé que fuera la hija de SUNDAR — y, de hecho, era la sobrina de la mujer que nos esperaba.

Nos dio la bienvenida y nos hizo sentar en su sofá. Nos ofreció el inevitable té, pero, como buen calabrés, pregunté cuándo íbamos a comer. Llevaba dos días viviendo a base de agua, y mi estómago ya estaba en huelga. Todavía no había entendido que no estábamos en Italia.

La mujer se presentó como RADHA y enseguida me hizo preguntas directas, sabiendo ya quién era yo.

Me incliné hacia REGUNATHA y le susurré: «¿Radha, como la de Zoho?»

Y él, sin cambiar de expresión, dijo: «No, aquella es más joven. Esta es más sabia».

Dijo que se había divertido muchísimo leyendo LA SAGA WILKINSON en gillettenarrative.com. Quizá la había leído 20 veces y se había reconocido en ciertos pasajes — en la figura de su tía. Luego, con un encanto femenino arrollador, a pesar de tener 90 años, me preguntó si todo lo que contaba era verdad.

Le respondí con una broma sencilla: la verdad y la mentira son dos algoritmos de la vida, y entre ellas está la narrativa, que sigue siendo la expresión visual de la única persona que la escribe.

Sonrió, pero no se sorprendió. Me dijo que era la única respuesta que yo podía dar. Revelaba quién era yo sin decirlo. Por eso me daría información sobre SUNDAR.

Cuando era pequeño, siempre estaba dibujando cien ceros, y nadie entendía por qué. Un día puso un 1 delante. Pensamos que representaba su futura cuenta bancaria. Treinta años después, trabajaba para una empresa que se llamaba exactamente así: Google, de googol, un 1 seguido de 100 ceros.

Todo el mundo había estado siempre dispuesto a atribuir este defecto al trabajo de taquígrafa de su madre. Pero solo estábamos al principio, y hoy entendemos que el defecto con el que nació resultó no ser otra cosa que perfección.

Supimos de buena fuente que un día, curiosa como siempre, su madre le preguntó a su hijo cómo se las arreglaba el banco para enviarle un saldo bancario con 12 ceros. Él respondió: «Escriben los números a mano, en cursiva. No hay espacio suficiente».

Noté que, a lo largo de las historias, la mujer y el hermano que me acompañaba — también un hombre mayor — intercambiaban a

menudo miradas cómplices. Pero yo estaba concentrado solo en lo que estaba haciendo y no me detuve a descifrar su código de comportamiento.

Radha me contó que Sundar siempre había caído bien y que las mujeres lo acompañaban a menudo por su elegancia, su inteligencia y su encanto. Casi un retrato mío, si no fuera por la diferencia de nuestros bolsillos.

Cuando llegó el momento, conté algunas historias de mis 40 años de viajes por 65 países: historias de una vida, chistes y aventuras. La mujer parecía tan absorta que nos invitó a cenar. Pero, con educación, decidí que no era correcto aceptar. Todavía no estaba preparado.

Cuando nos íbamos, me dio una pequeña nota de papel y me dijo: «Nando, escríbeme cuando quieras. Recibo tu correspondencia con muchísimo gusto. Y puedes llamarme tía — me sentiría orgullosa».

REGUNATHA se reía como un loco, y yo no entendía por qué. Dijo que hacía por lo menos 30 años que no se encontraba en una situación así. Le pedí que me llevara de vuelta al hotel, pero antes tuve la curiosidad de preguntarle:

«Disculpa, pero ¿a qué se dedicaba tu esposa?»

Sin pensarlo, respondió: «Era taquígrafa».

Estaba a punto de estallar, pero me contuve. En ese momento le pedí que me dejara cerca del hotel. Buscaría por mi cuenta un sitio donde comer, y al día siguiente me iría.

Me preguntó si necesitaba algo más, y lo invité a venir a mi casa en Calabria cuando tuviera la oportunidad. Me encantaría recibirlo —

para mostrarle lo que los calabreses sabemos hacer bien en cualquier parte del mundo.

Pero ¿quiénes eran, en realidad, los personajes de esta historia?

Personas reales. Nunca les pregunté de dónde venían. Simplemente acepté su presencia, porque eso es lo que llevo 61 años haciendo — y estoy seguro de que el mundo no me olvidará.

Y dentro de la notita de la señora india encontré un mensaje que decía: «Vuelve a mí cuando quieras. Siempre eres bienvenido». Al pie estaba su dirección.

Al día siguiente volví a la estación. El tren parecía no querer partir, pero yo no sabía por qué. Quizá me estaba esperando. O quizá había entendido que, después de MI ÁFRICA, un calabrés también podía tener MI INDIA.

Ferdinando Frega
BLADEFREGA · Nando el Escriba